

## Montón de notas sobre platos voladores

"Quia vidisti me, Thoma, credidisti; beati qui non viderunt et crediderunt..."

Jesús de Nazareth.

Aquí lo evidente es una sola cosa: si mañana algún plato volador tuviese, como Paul Reynaud, la ocurrencia de visitar Montevideo, lo vería todo Dios. Desde el Comisario de la 8ª, hasta el ascensorista del Salvo, desde Luis Fidel Calleriza hasta los empleados de Radiocomunicaciones, pasando por las alumnas de la Escuela Femenina y por los socios del Club de los Leones. Lo verían, hélas! (puede ser) hasta los funcionarios del Observatorio Meteorológico de Montevideo. Todo el mundo, en fin... menos los jurados de Instrucción Pública y yo.

Nosotros, está probado, nos perdemos siempre, voladores o no, todos los "platos" fuertes.

### Credo

Yo sin embargo, creo. Aplicar a los platos voladores el criterio de Santo Tomás Apóstol, que exigía ver con sus ojos y meter sus propios dedos en la llaga, me parecería tanto como confesarme poseedor de mentalidad tipo siglo I. Tampoco vi nunca un billete de mil dólares. Jamás he visto un partido de básquetball. No he tenido incluso el privilegio de pasar mis ojos sobre el propio Santo Tomás Apóstol, que, según es notorio, no habita esta ciudad. Sin embargo, jamás se me ocurriría descreer en proporción semejante.

Aplicar el "Ver para creer" apostólico a platos voladores y cosas por el estilo, supone el absurdo de condicionar la aceptación de una existencia de por sí inverosímil, al acaecimiento de un segundo hecho mucho más improbable como el verlo uno mismo. ¡Bastante hacen ya los pobres platos voladores con surcar el cielo a la hora que les resulta posible y por el lugar que más fácil les sea! ¡No hay derecho, señor, a exigirles todavía que circulen precisamente por el metro y medio y medio de cielo visible desde la ventana de una casa de la calle Isla de Flores, a la hora justa en que uno se asoma para ver si llueve!

Sin contar lo otro. Lo de que los platos voladores todavía no vendrán por estas latitudes. No. Ellos visitarán Montevideo como la Josefina Baker o Maurice Chevalier, cuando les quede flojo el cuero del pescuezo y se les quiebre la voz. Y ya nadie pague una plata en los países de origen para irles a oír los caballitos de batalla que usan desde 1908. En las praderas de Messutti no crece hierba menor de setenta años. Y no tienen los platos voladores por qué constituir ciertamente una excepción.

Lo que me convence hasta el cansancio, sin embargo, es el mismo razonamiento invertido. Creo, si señor, en los platos voladores. Y creo precisamente porque no se han visto en Montevideo. ¿Si fueran mentira, Dios mío, cómo no iba haber entre el Cuareim y el Plata ni uno sólo capaz de mandársela! Admitido que en el país no faltan los mentirosos, fuerza es concluir que lo que faltan aquí son platos voladores. Y admitir que faltan, es admitir que existen. Y chau.

### Sin fe

La ciencia, que ha conseguido establecer la duración normal de algunas enfermedades (el sarampión 10 días; tífus 40; socialismo 5 años, etcétera) nada nos ha dicho todavía sobre la duración de esta epidemia e incredulidad en que se encuentra empantanado el mundo, con intermitencias, desde hace un par de siglos. Tampoco nos dice si esa enfermedad de no creer, es mortal o no. Pero supongo que es lo mismo, porque al final estaremos vivos pero no creeremos estarlo, de tan excépticos que nos habremos puesto. Y tanto dará todo.

Lo cierto, sin embargo, es que cualquier labrador del Congo belge se permite, en la actualidad, la arrogancia de no creer cosas que Platón hubiera aceptado sin chistar.

Un heleno clásico, alimentado a higos y pescado, por ejemplo, que era un tipo bastante más civilizado que nosotros, incapaces de privarnos del diario churrasco, no hubiera armado tanto jaleo con el asunto de los platos voladores. Al verlos desfilar en vertiginosa bandada por el cielo de Grecia, hubiera comentado como si tal cosa dirigiéndose a su mujer:

—Vo! Euridice! — le hubiera dicho.

— Otra vez se armó en el Olimpo! Ya está Hera Cabrera tirándole a Zeus con todo. . .

Y Euridice (Esculapía, o Hermenozoica), con ese asqueroso veneno de las mujeres de todos los siglos, hubiera contestado desdeñosa, sin dejar de bombear el primus:

—¡Jála quieta a la Hera, vo, qu'eya sabe lo que hace! ¡Buena banana Zeus!

Nosotros, en cambio, vivos viejos, nos permitimos dudar de los platos. Cualquier parecido, por casual que sea, entre Dios y Julio Verne lo recibimos con sonrisa de irónica duda.

Para creer, necesitamos haber visto. O de lo contrario, que haya visto por nosotros alguien que nos merezca confianza. Ese alguien, por ejemplo, puede ser muy bien un piloto de las Fuerzas Aéreas de Inglaterra, que empinó de más el Johny Walker en el curso aburrido de un vuelo nocturno. Pero no importa. Si lo aceptan U. P. y A.P., lo aceptamos nosotros!

U.P. y A.P., claro está, no aceptan oficialmente la existencia de los platos, y prestan un tono incrédulo a todos sus telegramas sobre el punto. No faltaba menos! Cómo van a aceptar, así como así, ellas, que se han hecho el gran dividendo con los platos voladores "made in" la propia redacción, esta competencia insólita que les viene desde Marte! ¿Imaginan ustedes la humillación de ese redactor jefe obligado a dar curso a una noticia que proviene de la realidad, y no salido, como todas las de los últimos cincuenta años, de los trasfondos de su magín?

### Marte

Entre las muchas versiones que circulan —y que enloquecen todas al gran escultor Belloni, que será el primero en hacer la estatua al grupo de marcianos que descienda (1), de eso no haya duda— hay una que no conviene descartar del todo. Aporreada a golpes, castigada, maltrecha, zarandeada, y en llaga viva por la picazón de los hombres que como piojos habitan su piel, el planeta tierra ha comenzado a ver estrellitas y disquitos de colores, que vuelan vertiginosamente con bordes imprecisos y formas dispares frente a sus ojos. Esta versión, que no tiene más inconveniente que el de asimilar a la madre tierra con un vulgar accidente de esquina, que se acaba de sacar un chichón contra los adoquines de la calzada, tiene de todos modos su interés. Probaría, en efecto, que la tierra no está borracha, como algunos suponen, porque en ese caso vería doble. Le han dado una paliza, simplemente, y comienza a ver disquitos, como usted o yo, cuando nos dan un garrotazo.

Otra versión es la de los marcianos. Millones de hombres, adentro de las pieles policromadas de las distintas razas humanas, sueñan con esta hipótesis. De acuerdo con la misma los viajes interplanetarios habrían comenzado desde allá para acá. Hartos de esperar que los sabios terrestres se pongan a la altura de las tiras cómicas terrestres, los marcianos habrían resuelto tomar ellos la iniciativa. Y ese viaje de ida y vuelta a Marte, con el que desde Verne ha soñado la especie de los hombres, habría comenzado —oh humillación para la raza de Homero y Descartes!— con un mero viaje de vuelta a cargo de los del planeta de enfrente.

Si fuera verdad, el hecho tendría consecuencias notables. Orson Welles, por ejemplo, que hizo para el radioteatro una histórica versión de la invasión de los marcianos, dejaría de ser un gordito idiota para convertirse en un profeta con toda la barba. Julio Verne ya no sería un novelista de dos vintenes, sino un Américo Vespucio, precursor del descubrimiento de América. Cristóbal Colón mismo se transformaría en un pobre mozo. Sí... algo así como un figurín atrasado. Sería en adelante considerado como un descubridor de poca monta, como un héroe de onda larga, sin interés mayor frente a los héroes de onda corta que saldrían arrogantes de la panza del plato.

---

(1) La trilogía compuesta por la Carreta, la Diligencia y el Plato Volador, serían así el grandioso resumen de la historia plástica del transporte.

Un día cualquiera, en un lugar por ahora ignoto de la tierra, bajaría un plato. Se abriría la puerta, como en los cuentos de fantasmas. Y bajarían uno, dos, tres, diez tipos con escafandra. Cada cual es dueño de imaginárselos como quiera. Yo tengo para mí que vendrán con ojos móviles y salidos en la punta de un tentáculo, como los caracoles. Y que en vez de manos y pies, tendrán ruedas. Sin pelo ni pa' remedio, los tipos serán sin duda la mar de ignorantes. Usted les preguntará quien es José Pedro Varela y los tipos no sabrán. Les preguntará quién es el general Petain, y menos. Les preguntará qué quiere decir "mesa", cuántos siglos tiene la era cristiana, quién será el sucesor de Stalin —cosas todas que conoce cualquiera que lea "El Mercurio", de Chile— y los marcianos a oscuras.

Nosotros, idem respecto a ellos. Aunque en realidad no tanto. Por lo pronto algo sabemos de Marte. Y cuando el tipo se ladease, compadrón, la escafandra y nos mirase sobrador e interplanetario, como si en vez de venir de ahí nomás, se viniese desde la Osa Mayor o desde la propia Estrella Sirio, le podríamos arrojar a la cara:

—Sabemos que en Marte hay esperanza...

—¿Cómo saben?

—Y... donde hay vida, viejo...

Y ya estarían los ingleses concertando el primer negocio. En efecto: en el planeta Tierra ya casi no quedan esperanzas, y el descubrimiento de nuevos yacimientos y la posibilidad de importación en gran escala de una materia prima de uso tan generalizado, harían la segura fortuna del intermediario.

#### Horror

Sin embargo... Una de las teorías sobre el surgimiento de la vida en la tierra, dice que una célula de ella habría caído como llovida, proveniente desde otro planeta originario. Luego, aquí, y conforme a condiciones terrestres, se habría desarrollado desde el protozario hasta ese summum de la vida humana que es, por ejemplo, Ava Gardner. Ese desarrollo terrestre de la vida, normal para nosotros, no excluye otros. Y sabemos, por razones de peso, que las células pueden multiplicarse según distintos cánones. Uno, p. ej., el nuestro; otro, p. ej., el del cáncer. Del mismo modo que acá Marte es astro y la tierra es piso, allá la Tierra (ahora con mayúscula) sería astro, y marte (con minúscula) piso. Igualmente la vida puede tener otras formas, y las células organizarse de conformidad con otra norma. La vida de Marte, tan viva como la nuestra, podría ser la vida del cáncer o la verdad de la lepra. Otra que escafandra, viejo! Telegrafiarles que la traigan de fierro reforzado y espolvoreada con sulfas!

Seres para quienes, quizás, cosas equivalentes a Cervantes sean estúpidas, y cosas como los editoriales de "La Tribuna", ejemplos supremos del arte, pueden depararnos cualquier cosa.

Yo no le temo a distintos valores o sentidos morales o físicos de los marcianos. El verdadero horror sería que tuviesen los mismos, pero invertidos. Los ideales del nazismo, para nosotros una enfermedad, como el cáncer allá pueden ser el non plus ultra de la bondad. Francisco de Asís, en cambio, un criminal repudiable. Dios, en fin, una moneda de la cual nosotros estamos mirando una cara, ellos la otra.

#### Más horror

Lo peor no sería eso, sin embargo. Lo peor no sería que fuesen marcianos, sean como sean. Lo peor sería que fuesen los rusos, como ya insinúan algunos fieles devotos del Partido Republicano de los Estados Unidos.

La humanidad, harta de decenas de siglos, con los cinco sentidos —oído, tacto, vista, olfato, gusto...— se muere de ganas de ver un marciano que agarre otras ondas, y crezca, no a la manera de los hijos de vecino sino de conformidad con los cuadros de Picasso, con siete manos, un ojo en la oreja y los pies asomándole por la nuca, entre flores de magnolia.

Después del sueño marciano, comprobar que vienen desde un punto desconocido de detrás de los Urales, sería la felonía mayor, la decepción más honda. Y uno sentiría lo mismo que ese tipo que se ilusiona años con cartas femeninas anónimas que recibe. Y que un buen día comprueba que la que se las manda en cachada, es su propia hermana...

No! Descartemos la hipótesis! Los rusos no pueden hacernos eso! Podrán pulverizarnos con atómicas, si quieren ;Pero tamaño porquería no!

#### Mucho más horror

Queda por último el camino de atribuir a los platos voladores la más real de todas las realidades: la de las cosas imaginarias. No admitimos que lo de los platos voladores sea mentira. Pero podrían pertenecer a esa pura realidad a que pertenece el Quijote, para citar un sólo ejemplo. Serían algo así como una flor más de ese fondo juguetón y desesperado del hombre desde el cual tantas otras flores se han levantado en tantos siglos: la leyenda de Adán y Eva, la leyenda de la hoja de té, la leyenda de la supericridad germánica, la leyenda del fútbol uruguayo, la leyenda de la existencia de una literatura argentina, etc.

El hombre, que durante tiempos interminables puso su imaginación y su miedo en seres fabulosos, creó ayer la leyenda del hombre de la bolsa para asustar a su hijo, y creó también la leyenda de los dragones para asustarse a sí mismo. Civilizaciones enteras han creído en seres enormes, con cuerpo de serpiente, cabeza de águila y garras de león. Nobles horrores integrados con trozos de seres naturales, robados a la madre naturaleza.

Ahora, en cambio, —habría que concluir— nuestro miedo corre por los carriles de las tiras cómicas y de los dibujos animados, de los brick-

brador y los superman y ratón Mikey. Nuestros dragones a reacción tienen hélices y ametralladoras. Y en el fondo de nuestros corazones se han muerto para siempre todos los Sanjorges.

Y de nuevo, como antes de que apareciese en el cielo de Copenhague el primer platito volador, quedamos colocados de lleno frente al misterio del hombre. Barbaridad! Sabemos a dónde conduce el valor humano, y la historia nos brinda ejemplos de ello. Sabemos a dónde conduce la inteligencia del hombre, y la maldad del hombre, y la bondad del hombre, y la abnegación del hombre. Pero a nuestro siglo le quedaría el séptimo velo por descorrer. Y recién ahora estaríamos por comprobar —oh insosdables abismos!— a dónde es capaz de conducir la imbecilidad humana.

Platos voladores a esta altura de la vida!

No. Lo mejor es que el señor Belloni abandone la idea de la trilogía del transporte (carreta, diligencia, plato volador) para entregarse de lleno, a la gran obra que nos debe: la estatua del Cerro de Montevideo.

Sí, tal como la ha prometido alguna vez. Igualito. Igualito... y de tamaño natural!

19 de diciembre de 1952

## Una rosa para la estatua de Gardel

“Desde que tu fuiste, hermano,  
hacia la triste región sombría...”

Lo más rotundo que he oído, en estos breves días que lleva expuesto al aire de la eternidad el busto de bronce erigido por “el pueblo a Gardel”, se lo escuché, claro, al admirable José Bergamín. Le pregunté qué opinaba del monumento, y antes de que terminara la pregunta, ya me había golpeado en los ojos con la contestación:

—Pues... que le falta la voz.

—Si es por eso —refutaba 48 horas después Alfredo Mario Ferreiro, mesa de café por medio, cuando yo le contaba los escrúpulos de Bergamín para reconocer a Gardel en su estatua— con ponerle una ortofónica en el pedestal, se arregla todo...

Entusiasmados con la idea, al rato queríamos cambiar la ortofónica por uno de esos pasadiscos que últimamente florecen por los cafetines y boliches. La pareja se acercaría, enlazadas las manos, y depositaría las dos monedas de a medio, como símbolos de sus dos corazones al unísono,